

SAN PETERSBURGO

A mi hermano y amigo de toda la vida Alfredo Tapia.

LLEGADA

Cuando me preguntaban si había ido a Rusia no me costaba trabajo responder. Por encima de la admiración a su cultura, he detestado y sinceramente también temido a regímenes que usan las botas y los servicios de inteligencia para callar al pueblo. Claro que desde el *glasnost* y la *perestroika* mi contestación tenía poca validez, pero el resquemor a su inestabilidad política, unida a las noticias del crecimiento alarmante del crimen me enfriaban los ánimos y decidía ir, como hacen generalmente los turistas, a lugares más acogedores. Sin embargo llegó un día en que pensé que quizá era el momento de conocer ese país antes de que peores cosas le ocurriesen. En fin, con Elisabeth compartiendo todo esto, decidimos comenzar con San Petersburgo ya que su imagen histórica y cultural nos atraía más que Moscú.

La primera sorpresa al aterrizar en el aeropuerto de la segunda ciudad más importante de Rusia fue el casi ausente movimiento de aviones y la precariedad de las instalaciones. El aeropuerto del modesto pueblo de Zihuatanejo en México, o el de Iquitos en el Perú, es mucho mejor.

Viajábamos con equipaje de mano para evitar una probable pérdida en la conexión que hicimos en Londres o una excesiva demora al llegar, por esto fuimos los primeros en presentarnos a Inmigración y Aduana llevando a la mano los pasaportes y el detallado formulario oficial, mientras que el resto de los pasajeros esperaba pacientemente sus equipajes. Sin embargo de nada sirvieron nuestras previsiones, los inspectores estaban sentados conversando animadamente y fumando a su gusto sin importarles nuestros apremios. Llamamos su atención carraspeando, nada. Tosimos, nada. Agitamos los papeles dándoles a entender que estábamos listos para la inspección, ellos como si oyeran llover afuera. Los miramos con descaro, ellos a lo suyo, a la tertulia. Fuimos de una línea de inspección a otra a otra

creyendo que quizá no estábamos en la línea adecuada, ellos impertérritos seguían charlando. Pasaron los minutos, otros pasajeros se unieron a nuestros aspavientos, nada, no los podíamos mover de su coro de sillas. Finalmente se levantó una mujer uniformada, nos llevó a un mostrador y aprobó la entrada casi sin mirar los papeles ni las maletas, luego nos miró agradablemente y en correcto inglés dijo que nos había hecho un favor porque generalmente inician la inspección cuando todos los pasajeros habían recibido sus maletas. Le agradecemos y buscamos la puerta lo más rápido; yo, por no haber sabido qué hacer si nos hubiera pedido alguna gratificación o “mordida” por el servicio. Qué puedo hacer, esta injusta suposición es una herencia tercermundista.

A la salida había poca gente esperando. Eran caras amables, caras rusas evidentemente me dije pensando en el curita Alíoshá Karamasov. Nadie tenía un letrero con nuestro nombre, todos nos miraban con la simpatía y solidaridad que se le tiene a la gente perdida pero por los que no se puede hacer nada. Volteábamos la cabeza de aquí allá, por ningún lado aparecía el representante de turismo. Salían los otros pasajeros, los recibían, abrazaban, se iban. Nosotros seguíamos clavados buscando a nuestro agente. Finalmente se nos acercó una mujer que nos pidió en un idioma desconocido algo que debían ser papeles, le mostramos el recibo de la agencia de turismo. “Guía no está”, dijo en un inglés apenas reconocible y, moviendo la cabeza con resignación, nos hizo una señal con la mano para que la siguiéramos. Nos llevó a un Mercedes Benz. y en tono autoritario le dijo al chofer que nos dejase en el hotel Nevsky Palace. Al despedirse dijo: “No pagar, no pagar, yo supervisor turismo gobierno”.

El Mercedes era viejo pero limpio, eso sí, le sonaba todo y se balanceaba como lancha al menor oleaje, aunque para nuestra tranquilidad el chofer conducía a una velocidad razonable. Fuimos yendo por avenidas anchas, arboladas. Los pastizales que las bordeaban daban la sensación de cierto abandono, digamos que, para los ojos de un ignorante en agronomía, no tenían el cuidado estético de los campos europeos con sus acequias rectas

y bien desbrozadas, sus demarcaciones perfectamente delineadas y las alambradas a la carretera en buen estado. Al llegar a la periferia de la ciudad entramos en la ancha avenida que une San Petersburgo con Moscú, el tráfico de camiones hizo aún más lenta la marcha.

Una amplia plaza es el primera impresión urbana que recibe el visitante al antiguo Leningrado, la Plaza Moskovstaya está dominada por Lenin. Creía que el nuevo régimen había retirado todas sus estatuas, me alegré que ésta siguiese en pie. Es impresionante, grande, alta, majestuosa. Él, seguro, enérgico, con la cabeza girada ligeramente hacia arriba y a la izquierda, como debía ser. Su largo abrigo está abierto, ajeno a las inclemencias de la naturaleza, en una mano lleva apretada su gorra de pequeña visera, con la otra apunta al lejano horizonte. Es la representación genuina del líder, de aquél que no necesita empujar a la masa, ella lo sigue porque cree que “Él” sabe donde ir. ¿Me pregunto si Lenin sabría?

LA CIUDAD

Por los letreros y la información que se lee parecería que esta ciudad siempre se hubiera llamado San Petersburgo, no se ve ni rastros de Leningrado, y menos de Petrogrado, que fue como se llamó desde 1917 hasta la muerte de Lenin. Los suburbios de San Petersburgo son como los de cualquier otra ciudad del mundo, edificios de vivienda sin gracia que insinúan lo claustrofóbicos que deben ser por dentro, pero a diferencia de otras capitales estos no están apiñados: amplias zonas verdes los separan.

Lo banal pasó rápido, al entrar en el gran centro nos encontramos con una ciudad de carácter propio, una impresionante ciudad europea, armoniosa y noble en su arquitectura, moderna en el diseño de sus arterias. La hermosa ciudad de cuatro millones de habitantes, la mitad de Moscú, fue la capital de Rusia desde 1703, en la que la comenzó a construir Pedro el Grande, hasta que la revolución comunista regresó la capital a Moscú. El olvido o la envidia visceral hizo que en San Petersburgo el tiempo se hubiese detenido en 1917 y, como no hay mal que por bien no venga, esto trajo algunas

consecuencias que se agradecen: no hay en el gran centro de San Petersburgo edificios modernos que rompan la homogeneidad arquitectónica como en el caso de muchos desastres urbanos de las grandes capitales europeas.

La “Aguja dorada del almirantazgo”, una torre exageradamente espigada que destella haces de oro, es el punto de referencia que sobrepasa la altura de los edificios y palacios, todos de unos cinco o seis pisos. Hay canales como en Amsterdam, un río como el Támesis o el Sena, este se llama Neva. Hay iglesias impresionantes, una parecida a la Basílica de San Pedro, otra sí es muy diferente, da la sensación de que se está ante la archifotografiada catedral de San Basilio de Moscú, esto es: un ordenado revuelto de arte Otomano y Bizantino, con esas torres que terminan en forma de cebolla o de turbante turco. Esta iglesia parece terminada ayer, en nuestro libro de turismo dice que se llama la “Iglesia de la Sangre Derramada”.

Con el aliento contenido de ver una hermosa ciudad llegamos al hotel Nevsky Palace que está en la arteria principal de la ciudad, la Nevsky Prospekt. En esa avenida pasa de todo dice nuestro libro, y así como a comienzos de este siglo el poeta peruano Abraham Valdelomar dijo: “Perú es Lima y Lima es el Jirón de la Unión”. Gogol decía: “nada hay tan hermoso como la Nevsky Prospekt, porque en San Petersburgo esa avenida lo es todo”.

Nuestro hotel aunque se llamaba Palace, no tenía por dentro el carácter zarista de su fachada. Este hotel es nuevo, lo único nuevo que vimos en todo el viaje, tiene algo de los Sheraton, por tanto bien iluminado y con todas las comodidades que exige el turismo de nuestros días. Sus propietarios son austriacos.

Premunidos de un grueso fajo de rublos a 6,000 por un dólar, salimos a dar una vuelta por la ciudad antes de que la noche se nos cayese encima y fuéramos víctimas del Crimen y Castigo.

A pocos metros de la puerta del hotel había unas cintas de la policía que enmarcaban un espacio en la acera. Ayer o antes de ayer había caído allí el

Director de Privatizaciones del gobierno. Un certero disparo desde lo alto de una ventana había acabado con la vida de uno de los hombres más codiciados en Rusia después de Yeltsin. No detuvieron al asesino, fue un trabajo profesional, cosas de la mafia, dijeron los periódicos, y, como eso no era con nosotros, turistas anónimos, continuamos sin mayores aprehensiones nuestra despreocupada marcha. La avenida Nevsky llevaba un tráfico agobiante, era la hora de la salida del trabajo, los autobuses, trolebuses, camionetas, y taxis estaban a reventar. Todos los transportes públicos mostraban sus vetustos años, me hicieron recordar los ómnibus de la línea Cocharcas-Cinco Esquinas de Lima aunque los rusos lo quisieran disimular llenando sus carrocerías con anuncios de Pepsi Cola, Nestlé y otros productos incluyendo la omnipresente MacDonald's.

Nos preguntamos cuál sería la forma de pagar el transporte, no vimos despachadores, cobradores, marcadores de billetes. Después nos enteramos que casi nadie paga: el precio del trayecto es tan barato que controlarlo sería más costoso.

Nuestro primer paseo nos llevó al Grand Hotel Europe, un lujoso edificio zarista puesto a disposición de los visitantes ricos o diplomáticos. No nos desilusionó: alfombras gruesas, gracia, esplendor, bares de caoba, salones amplios y bien decorados. Allí, decía nuestro libro, estaba el mejor restaurante chino de la ciudad, de Rusia, y quizá el mejor fuera de China. No fue así, era un chifa mediocre. Esta experiencia fue un adelanto de lo que después me pareció en general la comida. Salvo el caviar y la sopa de remolacha "borshch", el resto es soso o grasoso o pesado, ya sean guisos, pastas, pescado, pollo o carne. No nos importó, no habíamos ido a San Petersburgo a comer.

De regreso al hotel pasamos por algunas tiendas de comestibles. La más llamativa a vuelta a tomar su nombre original: "Yeliseevkiy Grastonom", que indicaba la calidad de los alimentos y bebidas que vendían en la época zarista. Durante la etapa dura del comunismo se llamó "Tienda de comida número uno". Este local es tan bello que merecería mejor uso, tiene las

dimensiones de un salón de baile, es alto, con grandes vitrales, el artesonado es de madera preciosa, todo decorado un poco al estilo “art nouveau”. Sorprende que allí en lugar de vender joyas Tiffany, hubiera puestos de pescados ahumados, algo de embutidos, algunas conservas, vodka, caviar y poco más. No me sorprendería que el nuevo capitalismo convierta pronto esta tienda emblemática en un lujoso restaurante o salón de té, pero adelantando opiniones tampoco me sorprendería que pueda convertirse en un Pizza Hutt, como ocurrió con el acogedor bar de cedro del hotel Bolívar de Lima.

A pocos metros de la “Yeliseevskiy Grastonom”, metido en una galería, hay un supermercado de pocas dimensiones pero atiborrado de todo y de todas partes. Recuerdo haber visto pollos congelados de Brasil, pan sueco, tortilla mexicana, yogures griegos, vinos franceses y españoles, detergentes italianos, chocolatinas americanas. Si esta tienda fuese más grande la confundiríamos con una de Europa en cuanto a latas y sobres de plástico. Había, sin embargo, pocas cosas frescas que valiesen la pena. Sus clientes parecían más bien turistas que rusos.

Entre una cosa y otra regresamos al hotel alrededor de las 11 de la noche y comenzaba a oscurecer, teníamos varias llamadas esperándonos. Todas eran de la empleada de la sucursal bancaria que está en el hall de entrada. Nos preguntaba si guardábamos la copia del recibo del cambio que habíamos hecho y que la llamásemos sin importar la hora en que llegáramos. Busqué el recibo, lo encontré y la llamé. Ella con un grito de alegría lo agradeció de todo corazón ya que por orden de su jefe no podía ir a su casa hasta que no encontrase ese recibo y cerrase bien las cuentas. Esa noche nos acostamos con sentimientos encontrados. ¿Qué país era este?

LA TRANSICIÓN

Algunos testimonios nos sirvieron para tener una idea de lo que significa para la gente el abandono del sistema comunista. La primera persona que

habló de ello fue la guía particular que contratamos a través del hotel al día siguiente de nuestra llegada. Queríamos a alguien que durante una mañana nos mostrase lo más importante de la ciudad, para saber donde se encontraba lo que después iríamos a visitar con tranquilidad por nuestra cuenta. Tania llegó puntualmente aunque después se entretuvo hablando con la recepcionista. Tendría algo más de cincuenta años relativamente bien conservados, era algo delgada, vestida a la moda, falda corta, chaqueta ajustada, zapatos de tacón. Su cabello teñido de negro estaba bien sujeto. Había sido intérprete oficial pero dejó ese trabajo porque era muy poco lo que le pagaban y sobretodo muy tarde, con más de seis meses de atraso. Mientras recorríamos la ciudad en una camioneta Toyota, Tania no tuvo pelos en la lengua para hablar de su situación familiar: es divorciada, vive con su madre, una jubilada que recibe una pensión miserable porque no ha sido ajustada a la galopante inflación. Entre ambas apenas cubren sus necesidades alimenticias y cuidan como oro sus vestidos, que son los mismos que usan desde la caída del comunismo. Su madre tiene las enfermedades normales de la vejez, sin embargo, no le dan medicinas porque no hay. Tania ve negro su futuro, quisiera emigrar, pero no puede abandonar a su madre. En el tiempo del comunismo se vivía mucho mejor y de qué sirve la libertad si no hay a quién quejarse, nadie se hace responsable de nada, dice. Cada día hay más robos, corrupción, mafias, inseguridad, Rusia va mal, puede venir una revolución sangrienta, Tania tiene miedo.

Claro que Tania también miraba impaciente su reloj durante toda la mañana, no nos llevó a la "Iglesia de la Sangre Derramada", que había sido abierta al público después de 20 años de reconstrucción, dijo que las colas eran muy largas, tampoco nos llevó a un mercado popular porque dijo que los mercados son iguales en todas partes, que no eran interesantes. Tuvimos que insistir para visitar la catedral de San Isaac y nos dejó en el hotel media hora antes de lo contratado. Pensando en su madre le dimos una generosa propina que agradeció como si le hubiéramos dado poco.

Días después quisimos visitar Peterhof, un hermoso palacio creado por Pedro el Grande y aumentado en esplendor por los sucesivos descendientes, en especial por Catalina la Grande. Este palacio queda a 30 kilómetros de San Petersburgo, por lo que nuevamente contratamos por una tarde a una guía particular. Esta se llamaba Anastasia y no podía ser de otra manera: tenía escasos 19 años, a esa edad no necesitaba maquillaje. Anastasia era de estatura mediana, rubia, ojos celestes, mirada fresca y todavía inocente. Estaba en ese punto de peso que pueden permitirse las jóvenes lozanas. Su vestido era sencillo, amplio y ligero como para el verano. Su pelo largo estaba atado con una delgada cinta rosada. Si no hubieran pasado 60 años bien podíamos haber sospechado que esta Anastasia era hija del último zar.

Anastasia piensa lo opuesto a Tania, para ella el nuevo sistema, que era el único sistema que había experimentado, está bien, da oportunidad a la gente que quiere trabajar y tiene iniciativa. Oyó que antes todo lo decidía el partido y eso no era bueno. Ella estudia filología inglesa y rusa en la universidad, había estado becada unos meses en Detroit. Su inglés no tiene el vocabulario de Tania pero encuentra la forma de explicarnos muy bien la historia y el arte de los edificios que visitamos. Anastasia vive con sus padres durante el verano, ellos han comprado una "dacha". "Ahora ya se venden las propiedades", dice con un énfasis como si no la creyéramos. En época de estudios vive en el campus universitario. Lo que gana en la estación turística le alcanza para sus necesidades durante el resto del año. Ella cree que el crimen se debe a que ahora la gente tiene dinero y es susceptible a ser robada o secuestrada, antes nadie tenía dinero, ni siquiera los jefes del partido, porque no eran propietarios de sus casas, autos o de las empresas que dirigían. Anastasia no sabe qué hará después de la universidad, le gustaría doctorarse en filología y dedicarse a la investigación, también le gustaría ganar más dinero siendo guía, traductora o intérprete. Anastasia no tiene miedo a su futuro, le gustaría ir al extranjero pero de turista, ella quiere vivir en San Petersburgo, le encanta su ciudad.

No retuvimos el nombre de la directora del Museo de Artes Aplicadas, no sé si alguna vez nos lo dijo. Nunca tuvimos la intención de visitar ese museo, íbamos buscando el Museo de la Defensa y Sitio de Leningrado, queríamos apreciar aquellos 872 días de resistencia al asedio Alemán. Encontramos la calle y un edificio que bien podía ser ese museo pero sus puertas estaban cerradas, cuando tratábamos de descifrar las letras cirílicas de la fachada, se nos acercó un joven ruso que aparentemente iba a entrar y, en un inglés británico impecable, dijo que el Museo de Artes Aplicadas cerraba los lunes, pero que podíamos pasar a ver la tienda de artesanía y que quizá podríamos visitar el museo de una forma privada. Aceptamos la oferta del joven quien, diciendo que esperásemos un momento, desapareció.

Todo el edificio estaba a oscuras salvo unas débiles luces que alumbraban una mesa portátil con el tipo de artesanías que habíamos visto por todas partes. Al poco rato se entreabrió la pesada reja de hierro pulido y bien trabajado, que separa al vestíbulo de las salas, y salió una mujer delgada de algo más de cuarenta años. Se nos presentó diciendo ser la directora (“curator”) del museo, nos pidió disculpas por no hablar buen inglés y preguntó si podíamos hablar en francés. Con una cortesía casi asiática nos dijo que el museo estaba cerrado pero ella nos podía dar un corto tour por las instalaciones. Más que felices aceptamos inmediatamente. Los movimientos de la directora eran suaves, algo tímidos, parecía una investigadora no acostumbrada a extraños.

El recorrido fue de lo más interesante. Ese museo -que todavía no figuraba en muchas guías de turismo como la que teníamos- había sido abandonado durante el régimen comunista, muchos de sus muebles, platería, cristalería fueron esparcidos entre otros museos y oficinas de gobierno, sus talleres fueron prácticamente abandonados, los artesanos despedidos, los antiguos maestros fueron puestos a trabajar en otros oficios. Hacía seis años que el nuevo gobierno había decidido reabrir el museo y la Escuela de Oficios Artesanales anexa al establecimiento. Una parte de las obras habían sido

recuperadas, muchas otras se daban por perdidas. Hay todavía una enormidad de cosas por hacer, nos decía en un francés culto.

Y así, hablándonos con amor de varias piezas, iba apagando y prendiendo luces por las salas que pasábamos mientras que su perfume de buena marca se extendía ocasionalmente sobre nosotros. El “corto tour” que prometió se convirtió en dos hermosas horas. Creo haber percibido que un cierto grado de amistad se desarrolló entre nosotros. Al finalizar no hizo la menor insinuación de pedir gratificación, pero Elisabeth y yo cruzamos unas palabras en castellano, dudamos darle algo, yo más que Elisabeth, no fuese que se resintiera, era la directora, era una mujer importante, culta, entregada a su trabajo. No había tiempo para discusiones, decidimos darle una buena propina. Ella lo recibió con un gesto de rubor. Yo creí que se había avergonzado. Elisabeth insistió que no fue de vergüenza el subido color de sus mejillas y el bajar de sus ojos al recibir los dólares sino de contenta. Pasado un tiempo creo que Elisabeth tuvo razón aunque me hubiera gustado ser yo el que la tuviera, era más literario: unos turistas ignorantes habían ofendido su amor propio, ella hubiera querido arrojarles los billetes en la cara, ¿quién se creían que era?, ¿una guía cualquiera?, ¿una muerta de hambre?, ¿es que no se habían dado cuenta de que ella hizo el tour como un esfuerzo para dar a conocer “su” museo? Mucho me hubiera gustado que esa hubiese sido su reacción, pero la realidad de Rusia es otra, los dólares que le dimos quizá eran buen suplemento a un magro sueldo que no recibiría del Estado sino con muchos meses de atraso.

Otro museo, el de Etnografía, era, dicen, uno de los museos más visitados de la ciudad. La disolución de la Unión Soviética había hecho que este museo, que presenta las diversas culturas de la antigua URSS, hubiese perdido el interés del turismo interno y también del foráneo. Esa mañana fuimos sus únicos visitantes, a parte de un grupo de desalentados turistas americanos de la tercera edad que no atendieron a ninguna explicación de su guía y que estuvieron sólo pocos minutos. A decir verdad lo extenso de

este museo requería buenas piernas. De una inmensa sala a otra recorríamos las culturas de Kazajstán, Azerbaiyán, Uzbekistán, etc.

Las vigilantes eran todavía de mayor edad que la de otros museos, y eso es ya mucho decir. Estas, porque todas eran mujeres, debían estar cercanas a los sesenta años o más. Por supuesto que, por la edad y la falta de visitantes, las vigilantes hacían su trabajo bien sentadas, ausentes. Parecían estar ensimismadas en sus recuerdos, salvo la señora de la sala de los esquimales. Esta matrona se levantó apenas nos vio y nos saludó con una dulzura que me hizo recordar a mi madre. Cogió de la mano a Elisabeth, la llevó a una vitrina, le enseñó un impermeable y dijo "fich". "¡Ah...!, fish., pescado, el abrigo es de piel de pescado", me dijo Elisabeth. Ella asintió como si hubiera entendido. Con otro gesto, nos mostró un peine y se puso las manos con los dedos bien abiertos sobre su cabeza. "¡Ah...!, reno, peine de reno", me tradujo Elisabeth como si yo no hubiera entendido. "Y este es el brujo, el que cura a enfermos bailando", fue lo que entendimos de sus gestos. Nos costó más trabajo entender el calendario esquimal pero ella sacó una tarjeta plastificada de su cartera y nos fue señalando alternativamente los días y meses de su calendario y el de cuero donde los esquimales habían grabado el suyo. Poco a poco, descifrando los gestos y muecas de la señora, fuimos recibiendo explicaciones de cómo los esquimales vivían, comían, se divertían, y en qué creían. Conforme íbamos avanzando, aprovechábamos el lenguaje que ya habíamos descifrado y llegó el momento en que establecimos una comunicación considerablemente fluida. En varias oportunidades la señora abrió las vitrinas y ¡nos hizo palpar los objetos!. Hubo un momento en el que insistió que nos subiésemos a un trineo para tomarnos fotos.

Al terminar el recorrido nos regaló unos almanaques y programas de opera pasados, era posiblemente lo que poseía de más valor. Al darle Elisabeth una gratificación, ella le besó repetidamente la mano como harían los siervos a sus amos en la época zarista. La reacción de la señora tomó por sorpresa a Elisabeth, temió quitar violentamente la mano para no resentirla, y, presa

de emoción, no pudo contener las lágrimas. La señora la abrazó consolándola. Después giró la señora hacia mí dispuesta a besarme las manos. Yo, ya advertido, no me dejé, pero le di un beso en la mejilla que ella me devolvió doble y sonoros. Nos tomamos varias fotografías con la cuidadora y nos despedimos con renovados besos y abrazos. Después ya no tuvimos ganas de visitar las salas que nos faltaban, salimos tristes, algo de nosotros se había quedado en ese museo.

Hubo otros personajes que podría añadir para ejemplarizar la situación en la que se encuentra mucha gente en Rusia, con muchos de ellos no hablamos, no fueron necesarias las palabras para darse cuenta de su situación. Por ejemplo, la cuidadora de los urinarios de los jardines de Mon Plasir, un pabellón de recreo de los zares a las afueras de San Petersburgo. La anciana vivía entre las puertas de unos servicios sanitarios destartalados, allí estaba su catre con colchón de paja, un cajón de embalaje hacía las veces de mesa de noche, mesa para comer, y sitio para poner sus estampas de iconos. Todo olía a orines, era simplemente nauseabundo. La vieja vivía de las propinas de los pocos paseantes que no podían esperar llegar a un mejor sitio para aliviarse.

Ya no el dramatismo individual sino el colectivo es ver la salida de los trabajadores que llegan al anochecer a la estación de tren Moskovskiy Volzala, sus caras desencajadas, patibularias, extenuados por el trabajo y sus tribulaciones. Unos llevan un pequeño atado de tela, otros pequeños maletines de herramientas o quizá loncheras, todos con la mirada perdida caminan como sonámbulos y se dispersan siguiendo un camino ya aprendido. Así van desfilando por mis recuerdos los policías de tráfico negociando mordidas con los dueños de automóviles, los veteranos mutilados en la guerra de Afganistán aprovechando las luces rojas para arrastrarse pidiendo dinero a los conductores. Todo eso combinado con lujosos automóviles, con mucha gente vestida a la moda más vanguardista, con tiendas Benetton, y perfumerías de lujo, es decir los mismos contrastes que en nuestros países latinoamericanos, eso que allí vemos de la manera

más natural. La diferencia estriba en que en Latinoamérica es una práctica inveterada, en Rusia es un cambio brutal, quizá tan brutal como fue la caída del zarismo.

Se dirá que este cambio era necesario, sí, pero su velocidad en Rusia, que ha sido bendecido por los apóstoles de la economía liberal, está cometiendo injusticias que no alcanzan la conciencia de la banca internacional ni el interés de la prensa Occidental. Dicen que hay trabajo para todos, es verdad, pero nadie quiere ser profesor porque hace ocho meses que no se les paga, tampoco les pagan a los militares, ni a los policías, ni a muchos empleados públicos. La violenta entrada a la economía de mercado ha desestabilizado el esquema mental de una gran parte del pueblo que nunca ha conocido la democracia, cambiaron del zarismo al estalinismo. Ahora muchos se encuentran desamparados y desconcertados ante medidas como la de tener que pagar el alquiler de sus viviendas de acuerdo al precio del mercado. Ellos creían que el Estado nunca aumentaba sus alquileres.

El pueblo ruso no entiende por qué algunos de sus vecinos se han mudado a chalets, que hay coches último modelo por sus calles, que hay de todo pero que no se puede comprar nada. Temen por sus míseros puestos, por su porvenir. Por eso uno no se extraña al leer que las muertes por alcoholismo hayan aumentado enormemente, en especial en la población de 40 a 50 años, esa edad que los franceses llaman “la force de l’âge” y que en Rusia es la edad de la desesperación: muy viejos para aprender y muy jóvenes para resignarse.

China, con un mejor control sobre el cambio de su sistema económico y una lenta evolución a la democracia, lo está haciendo mucho mejor, Deng Xiaoping fue más prudente y sabio que el ingenuo Gorbachev y el alocado Yeltsin.

CULTURA

Haciendo un esfuerzo hay que dejar de lado el asunto social y económico para hablar sobre lo que impresiona positivamente en San Petersburgo y

esto es su cultura. Toda la ciudad es en sí un gran centro cultural no sólo por sus museos y su arquitectura, sino más bien y principalmente por la actividad de su gente. En ninguna ciudad he visto que se pueda desayunar en cafeterías oyendo recitales de piano. La música clásica y moderna suena en restaurantes, jardines, plazas, a la vez que en teatros y salas de concierto. No sólo es la amplia difusión de la música lo que uno admira, es también la calidad de su ejecución.

En comedor para desayunar del hotel tocaba una joven rusa los Valses Poéticos de Granados que si Alicia de Larrocha hubiera estado allí la habría contratado como doble. En el Jardín de Verano, un inmenso parque adornado con bellas estatuas, hay cuartetos de cuerdas, cantantes de ópera, hasta bailarines de ballet que, no sé si por el poco dinero que dejan los visitantes o porque son subvencionados todavía por el gobierno, realizan actuaciones de gran calidad. Por supuesto que hay restaurantes donde esos violines gitanos y acordeones nos remontan a las orgías de los hermanos Karamásovi. En otros, como el restaurante "The Noble Nest" (El noble nido), la música adquiere ribetes inéditos. Este restaurante de exquisito gusto tanto en su decoración como en la cocina, en donde por fin comí bien, está dentro del Palacio de Yusupov, aquel lugar donde el príncipe Felix Yusupov sorprendido de que los chocolates envenenados con cianuro no hiciesen efecto en Rasputín, y temeroso de los poderes de ese ser malévolo, le descerrajó un tiro en la cabeza. Aun así tardó en morir o eso fue lo que creyeron los conjurados, entonces el príncipe le tuvo que pegar cuatro tiros más y como tampoco eso fue suficiente los otros dieron una soberana paliza al "monje loco" que estaba empeñado en sobrevivir. Presos ya de pánico a los confabuladores no les quedó otro recurso que arrojarlo al río Moyka donde Rasputín murió ahogado.

Regresemos a "The Noble Nest", el fondo musical con que amenizan la cena está formado por un trío: el piano situado en el comedor de la mezzanine y dos violines que recorren independientemente los salones de abajo. Los músicos tocan con tal acoplamiento que no necesitan mirarse

para interpretar selectas piezas de música clásica, creo que de escucharlas en una sala de concierto uno se pondría de pie para aplaudir al término de cada pieza. Para aumentar el encanto a veces una voz de soprano se aúna desde alguna parte del restaurante a ese fino espectáculo. Degustar un buen caviar negro acompañado de vodka de la mejor calidad mientras se escucha a Schubert le hace a uno olvidar el tenebroso suceso que ocurrió allí en 1916.

Es más que música lo que queda en mi recuerdo de San Petersburgo, hay buenas galerías de pintura y escultura, librerías de arte, cafés literarios. Todavía funciona el “Café Wulf et Béranger”, que ahora se llama “Literaturnoe Kafe”, allí iba Pushkin y fue en ese lugar donde se acordó el duelo en defensa del honor de su mujer que lo llevó a la tumba.

El recuerdo de Pushkin se encuentra por todas partes, una soberbia estatua de él declamando está en el centro del parque que da al Museo Ruso, su casa de San Petersburgo es ahora museo, también es museo su casa de verano en una ciudad cercana que en el tiempo de los comunistas se llamó Pushkin y que ahora ha retomado el nombre de Tsarkoe Selo (Pueblo del Zar).

Pushkin no es el único escritor presente en San Petersburgo, Dostoievski vivió en muchas partes de la ciudad, escogía aquellas que tenían vista a alguna iglesia, de ser posible en esquina. Su última morada es un museo entrañable, está en un segundo piso de un edificio que hace esquina, con ventanas que dan a la Catedral del Príncipe Vladimir. El departamento no es muy grande aunque acogedor y cómodo, una mesa de trabajo donde escribió sus últimas obras llama la atención por su modestia. Más allá está un cómodo sofá donde leía todo lo que le caía en las manos, un estante de libros, varios cuartos para el resto de la familia. Todo es austero y a la vez entrañable por su significado, desde su cama podía ver la cúpula de la catedral. No muy lejos se puede visitar el decrepito edificio con sus zaguanes, oscuras escaleras y mal alumbrados pasillos, que le sirvió de escenario para que Raskolnikov matara a hachazos a la vieja usurera.

Dejamos de visitar la casa de Gogol, ni en la que creció Nabokov. Pero vimos salir de la Biblioteca Pública a un hombre que bien hubiera podido ser cualquier escritor de entonces: a pesar del verano portaba un largo y raído abrigo negro, sus cabellos desordenados tapaban algo unos ojos negros, profundos, absortos en un pensamiento tan fogoso como inescrutable. Llevaba pegado al pecho como si alguien fuese a arrebatárselo un maletín grasiento de cuero que seguramente contenía su tesoro. A grandes zancadas desapareció en dirección a un oscuro canal.

Antes de hablar de los grandes museos creo que debo una explicación acerca del Museo de la Resistencia y Asedio a Leningrado. Este museo lo visitamos en media hora, nos defraudó, tenía unas cuantas fotografías, algunos mapas y algo de material de guerra, esparcidos en dos pobres salones. Parecía un museo de la resistencia francesa en algún pueblo perdido de los Alpes. ¿Qué había pasado con aquel museo que en 1945 dejó con la boca abierta al general Eisenhower? ¿Qué había sucedido con las treinta y siete mil piezas expuestas en treinta y siete salones que cubrían cuarenta mil metros cuadrados, que hizo que Eisenhower escribiese en el libro de visitantes que era el museo militar más remarcable que había visto? El museo de una de las epopeyas más importantes de la Segunda Guerra Mundial nos dio pena, no representaba lo que sabíamos sobre el feroz asedio durante aquellos inviernos donde los muertos se quedaban en las calles hasta la llegada de la primavera. De esa ciudad que oía con nitidez la trayectoria de las bombas que una y otra vez venían en su dirección desde cañones emplazados campos cercanos. Hay todavía un cartel en la Nevsky Prospekt, cerca del café donde iba Pushkin, que dice: “¡Ciudadanos, en caso de fuego de artillería este lado de la calle es el más peligroso!”. Hitler estuvo a media hora de allí, en Peterhof, preparando los detalles para su entrada triunfal en Leningrado. La ceremonia incluía un magno desfile, cena de gala en el comedor principal del Hotel Astoria, que dio orden de no bombardear. Dentro del menú que seleccionó venía ganso al horno como plato principal. Hasta había escogido la música para la celebración: Liszt.

Pero los sitiados resistieron a Hitler. Fueron casi 900 días sin alimentos ni carbón ni medicinas, casi sin municiones. Rechazaron al enemigo aunque en más de una ocasión los alemanes entraron en sus calles para luego abandonarlas precipitadamente ante la resistencia feroz de un pueblo listo a defenderse con los dientes si fuese preciso. Hay muchas historias de la resistencia que causan emoción al leerlas como la de aquel guía del museo Hermitage. El museo estaba vacío, sus piezas habían podido ser enviadas a Moscú en trenes de última hora, sin embargo en momentos de calma, generalmente en la noche, el guía llevaba a visitantes al museo y a la luz de una pequeña vela de sebo les explicaba con minuciosidad los cuadros que no veían sus ojos, no era necesario, lo veían todo con sus corazones, y así, pasando de una pared vacía a otra completaban el tour del Hermitage. Nada de eso recuerda ahora el Museo de la Resistencia, Moscú ordenó desmantelarlo en 1953 a consecuencia de la purga de los líderes de Leningrado. Lo poco que vimos es el resultado del esfuerzo de un grupo de veteranos y del magro presupuesto que el Estado le ha asignado.

El museo Hermitage dice tener la colección de arte más grande del mundo: se demoraría doce años si se dedicara un minuto a cada pieza expuesta. Pero aunque parezca herejía no fue la cantidad lo que nos impresionó, tiene más de tres millones de obras, tampoco fue la calidad de sus colecciones, modestia aparte hemos visto mucho. Leonardo de Vincis, Rembrandts, Picassos, Goyas, Renoirs o restos arqueológicos de Sumeria, Egipto, Grecia hay en casi todos los buenos museos de Estados Unidos y de Europa. No vale la pena ir hasta allí para verlos, quizá a los especialistas les interese visitarlo para admirar tal o cual obra, pero a “diletantes” como nosotros, a los que se conforman con “deleitarse”, no fue su inmensa colección lo que nos gustó. Lo que nos dejó pasmados, lo que sí valió la pena de haber ido hasta allí y visitarlo dos veces fue el museo mismo. El Hermitage fue el Palacio de Invierno de Catalina la Grande, y su dimensión de más de doscientos metros de largo alberga una cantidad de salones, pasadizos, escaleras, que no

tienen parangón en nuestra memoria. Ni Versailles, Louvre, Schonbrunn, ni ningún otro palacio que recordemos se acerca a la fastuosidad, variedad y elegancia del Hermitage. Y lo más importante es que dentro de su grandeza es un edificio armonioso, cálido.

Después de seleccionar algunas salas de pintura terminamos por pasear todo el museo observando la decoración, cada salón es diferente y ciertamente adecuado al tema de su contenido.

Casi al terminar la primera visita recordé no haber visto el cuadro de Rembrandt, Dánae y Júpiter, que Monserrat Roig describió con pasión en su libro sobre San Petersburgo "La aguja dorada". En el Museo del Prado está un cuadro de Tiziano sobre el mismo tema y quise compararlos, así que pidiendo a mis piernas un último esfuerzo me dirigí a la sala de Rembrandt que estaba justo al otro extremo de donde nos encontrábamos, Elisabeth prefirió quedarse observando una gigantesca ánfora de mármol negro en el lado de Egipto. Llegué a punto de arrastrarme a la sala de Rembrandt y la recorrí rápido, debía ser un cuadro fácil de reconocer, ya lo había visto en varios libros, tiene dos metros por uno ochenta, Dánae está desnuda sobre su cama, al fondo un lacayo casi borroso abre la gruesa cortina y Júpiter transformado en luz se acerca mientras ella, cautivada, estira su brazo hacia él invitándolo a su lecho. En la versión de Tiziano Júpiter la seduce con una lluvia de monedas de oro que en parte es recogida por una esclava ambiciosa. Pues bien, no encontré a la Dánae de Rembrandt. Pregunté a la vigilante si había otra sala del pintor, me dijo que no. Paseé la sala nuevamente, esta vez con tranquilidad, y tampoco encontré a la sugerente Dánae, ya agotado regresé a donde Elisabeth y salimos.

Días más tarde regresamos al Hermitage y lo primero que hicimos fue ir directamente a la sala de Rembrandt a buscar a la esquiua Dánae. Elisabeth, con su sentido práctico y directo, acertó la búsqueda al interrumpir la explicación de un guía de turistas americanos para preguntarle dónde se encontraba el cuadro, yo creí que el guía la iba a mandar al diablo por haber interrumpido su perorata, pero no fue así, le dijo que ese cuadro ya no

existía, que hacía tres años que unos jóvenes le echaron ácidos y lo destruyeron totalmente. Todavía pudimos ver las huellas de la barbarie en el sitio donde se colgaba a Dánae. Ante esa clase de actos cualquier explicación es inútil.

Antes de ir al Hermitage fuimos al Museo Ruso, teníamos más curiosidad por ver el arte ruso, bastante desconocido por nosotros. Algo de su pintura todavía retumbaba en nuestra memoria, fue una exposición de retratistas rusos que habíamos visto en México hacía muchos años, cada cuadro era un estudio psicológico del personaje. Ese recuerdo y el interés por conocer algo sobre los iconos, iconos sin acento en la i como dicen los españoles, o íconos como decimos en Latinoamérica, hizo que fuéramos al Museo Ruso con grandes expectativas. La visita sobrepasó todo aquello que podíamos esperar. Lamentamos no haber tenido más energía el primer día y regresamos al día siguiente a ver con más tiempo algunas piezas que nos deslumbraron.

Escribir sobre el Museo Ruso sería un libro y una pretensión, pero si tuviera solamente que escoger lo que más me impresionó no dudaría en decir que fue un extraordinario pintor llamado Ilya Repin, o Repine como se escribe en francés. Este artista murió en 1930 a la edad de 86 años dejando una prolífica obra, muchos de sus cuadros están en este museo, otros en Moscú, razón suficiente como para ir a esa ciudad, y es que con Repin me ha pasado eso que se llama amor a primera vista. Bastó un cuadro para cautivarme, el resto fue glotonería insaciable: “Los cosacos Zarapogos escriben una carta al sultán de Turquía” es un cuadro inmenso en su contenido como en su tamaño, es de tres metros y medio por dos. El título describe la escena: los rudos cosacos, a cada cual más bestia, están alrededor de una tosca mesa en la cual uno de ellos está leyendo lo que escribe, otros cosacos contribuyen al texto con estentóreos gritos, el resto festeja las ocurrencias muertos de risa. Es obvia la irreverencia: se burlan de Sultán de Turquía, el hombre más poderoso y temido del mundo. De su

decisión dependían pueblos y naciones, media Europa, gran parte de Asia y África estaban bajo su férreo control. Ante él, estos ignorantes pero fieros cosacos, eran poca cosa. Nada diría, el Sultán. Sin embargo, con valor y astucia esos bárbaros habían tomado una inexpugnable fortaleza turca adentrada en su territorio. Desde Estambul, el Sultán les había ordenado rendirse a riesgo de su total exterminio. Ellos le responden con esa misiva que la llevaría el Visir tomado preso.

¿Qué le dicen al sofisticado, culto, y poderoso Sultán esta horda de bárbaros? Por las risas, las carcajadas, las miradas llenas de picardía, uno se imagina el contenido de la carta. Cada uno de los cosacos lo festeja a su manera, hay un jefe cuya mirada penetrante va más allá de su sonrisa, otro que, pensando en la cara que pondrá el sultán, está a punto de desfallecer de risa, aquel viejo tiene una risa tonta, se ríe quizá porque los demás lo hacen, y así uno por uno, esos quince o dieciocho personajes rodeados de una muchedumbre anónima, expresan a su manera la desvergüenza, valentía y arrojo del mensaje. No tienen miedo a nada. Son más poderosos que el Sultán, lo han puesto en ridículo, están exultantes. Ese acto la historia lo recordará, Repin también se ha encargado de ello.

Así como el cuadro de los cosacos está en clave de humor, hay otros que son patéticos. En “Iván el Terrible y la muerte de su hijo” Repin presenta a un Iván viejo y desconcertado que en un ataque de locura acaba de dar muerte a su hijo con un bastonazo en el cráneo. La ternura, impotencia e incredulidad con la que Iván sostiene a su víctima se quedó en nuestra mente mucho después de haber salido del museo.

Otra pintura igualmente dramática es la de “Los remolcadores del Volga”, aquellos condenados a remontar los barcos desde la orilla jalando con sogas puestas en su frente o a través del pecho, es un trabajo de bueyes llevado a cabo por hombres.

Hay mucho más de Repin, sus retratos, el monumental cuadro del “Consejo de Estado”, el “No se le esperaba” que es la entrada en la sala de un padre a quien su familia ya le había dado por desaparecido hacía años, la madre

agudiza la vista para tratar de reconocer a su hijo en esa especie de mendigo que se acerca con timidez, la esposa deja el piano, parece que ya se había acostumbrado a su ausencia, ya habría encontrado la paz y hasta la felicidad sin él. Los hijos miran a ese extraño con recelo. Los sirvientes desde la puerta observan la escena con temor.

Siento nostalgia cada vez que hojeo el libro de pinturas de Repin. Es como ver las fotografías de algún amigo mío, de Alfredo Tapia, por ejemplo.

LA CENA DE DESPEDIDA

Los nueve días se nos pasaron rápidamente, llegamos a interpretar algunos letreros en letras cirílicas, viajamos en metro para conocer sus magníficas estaciones, visitamos más museos, leímos en el periódico publicado en inglés la crítica situación económica por la que atravesaban y la ola de crímenes impunes cometidos por la mafia, no se apresaba a nadie, ni al asesino del Director de Privatizaciones ni a los que en el mismo centro de la ciudad ametrallaron al mejor estilo de Hollywood a dos ejecutivos de una compañía naviera sueca. También anunciaron el comienzo del año escolar y vimos a niños y niñas correctamente uniformados llevando flores blancas a sus profesores. El comportamiento de los chicos era ejemplar, parecían contentos de regresar al colegio. Nos alegró ver un sitio en el mundo donde los maestros reciban esa clase de homenaje, como hizo Pinocho al llevar una manzana a su maestro el primer día de clase.

Con muchas imágenes en nuestra cabeza decidimos despedir nuestro viaje con una cena en el Hotel Astoria, aquel lugar donde no pudo hacerlo Hitler. El Astoria es un hotel antiguo que no ha perdido su clase a pesar de los años. Tiene un casino donde las malas lenguas dicen que concurren personas de dudosa reputación. El comedor principal es un salón muy amplio, quizá excesivamente iluminado, el techo es alto, grandes macetones de plantas son la única decoración. Las mesas están bastante separadas, algo distantes, diría yo, y dispuestas con esmero. Casi no había comensales

cuando llegamos, los exagerados precios que tiene debería ser parte de la razón, me dije. El maître nos instaló en una casi al centro. Yo hubiera preferido algo periférico, me sentía un poco perdido ante ese mar de mesas vacías. Hubiéramos podido pedir otra pero la gentileza del maître fue tal que aceptamos su sugerencia.

Ya sentados nos dimos cuenta de que a dos o tres mesas estaban cenando dos rusos de edad difícil de precisar, en todo caso mayores de cuarenta años, quizá cincuenta, ¿sesenta?, eran robustos, tipo estibadores de muelles o matarifes, ¿por qué no “capos” de alguna mafia? Uno era casi calvo, el otro por el contrario tenía el cabello algo desmañado. Por la brillantez de sus caras, lo suelto que llevaban el nudo de sus corbatas y lo desarreglado de sus camisas y chaquetas, se podría asumir que estaban allí varias horas. También ayudaba a esa suposición el que la botella de vodka que tenían en la mesa estaba a punto de ser terminada, no debía ser la primera, en todo caso no fue la última porque al poco tiempo les trajeron otra. En un par de ocasiones crucé miradas con el calvo, la suya fue entre algo amable e indiferente, yo mantuve la compostura a pesar de que un frío me recorría la espalda. El tono de voz con que hablaban era muy especial, a veces cuchicheaban, en otras hablaban un poco alto, como para decir esto sí lo pueden escuchar ustedes. En ningún momento parecían discrepar, ni divertirse, era una conversación seria, quizá el calvo era el “primo capo” y el otro su “consigliere”, estarían finiquitando algún negocio o esperando noticias del asesinato o asesinatos que habían ordenado cometer mientras ellos tendían su coartada cenando en medio del restaurante Astoria para que todos los viesan. Confirmaron estas sospechas un par de llamadas que recibió el “consigliere” en su teléfono móvil, le estarían informando el resultado del “encargo” que él comentó en voz baja con “il capo”.

Compartí estas impresiones con Elisabeth, ella me dijo que había leído mucho las páginas de sucesos policiales.

Cuando el camarero me trajo la copita de vodka que acompañaba mi caviar me dio cierta vergüenza al compararla con la botella de los vecinos que se

servían en vasos. Sentí que el calvo me miraba pero no le dirigí la vista, alcé mi copita con la mayor dignidad que pude y brindé con Elisabeth, ella levantó su agua Perrier y chocamos los cristales.

A poco de comenzar a comer nos interrumpió el camarero y nos dijo que los señores de esa mesa nos enviaban una botella de champán Dom Perignon. Nosotros nos quedamos absoluta y totalmente sorprendidos, nuestra primera reacción fue decirles que les agradecíamos pero que era demasiada su cortesía y que, además, Elisabeth no bebía nada, lo que se dice nada de alcohol. No obstante le dije a Elisabeth que sería mejor aceptar el champán, porque en términos mafiosos era “una oferta que no se podía rechazar”. Se podían resentir y quién sabe lo que nos pasaría por mal educados. Claro que el riesgo era que esos hombres se pasaran a nuestra mesa o que nos invitaran a la suya, quizá se habrían interesado en Elisabeth. Por otro lado, hasta ahora se habían comportado bien. Bueno, aceptamos. Como Elisabeth dijo que no probaría alcohol quedamos en que le servirían de todas maneras y la copa me la bebería yo. Servido el champán dirigimos nuestras miradas a la pareja de mafiosos, alzamos las copas e hicimos el correspondiente salud, ellos correspondieron bebiendo de un golpe sus vasos de vodka. Nos sorprendió y a la vez nos tranquilizó que no fuesen más corteses.

Cuando iban a traer el plato principal le preguntamos al camarero, si conocía a los vecinos y si imaginaba por qué nos habían invitado. Sí, eran clientes conocidos y nos habían invitado porque como hablábamos italiano éramos italianos, y ellos tenían buenos recuerdos de Italia. No quisimos contradecir al camarero, era muy complicado. A solas le dije a Elisabeth que eso confirmaba mi teoría, creían que éramos de la “familia”. Claro que la verdad era otra: esos respetables caballeros rusos tuvieron un gesto de cortesía inolvidable no sólo por el Dom Perignon de 600 dólares, sino por la clase que demostraron tener durante el tiempo que estuvieron en el restaurante. Al acabar la última botella, el calvo pagó y se fueron tranquilos, sin necesidad de mirarnos para recibir nuevamente nuestro obligado agradecimiento.

Con este sabor nos despedimos de San Petersburgo. Solamente Repin es una poderosa razón para regresar y aprovechar la visita para recorrer nuevamente sus calles, canales, puentes. Ir, sí, al Hermitage y recorrer sus salones. Ver esos otros museos que no visitamos, ir a su famoso cementerio y ver las tumbas de tantos escritores y artistas rusos, la de Turgeniev por ejemplo. Quizá lo más interesante será volver a ver la corrección y amabilidad con que se comporta la gente. A pesar de la lengua uno no se siente incómodo, sabe que de alguna manera se comunicará con ellos, se siente esa predisposición en cada oportunidad que se presenta. Rusia tiene que salir adelante, las predicciones catastrofistas fracasarán y así como en su momento se creyó que el zarismo, luego el comunismo, y ahora en neoliberalismo fueron o son un peligro para el espíritu ruso, lo cierto es que subyace en esa gente un encanto imposible de sucumbir. Lo único que lamenté del viaje es no haberlo hecho antes.

Herbert Morote. Setiembre 1997